

Reflexiones en torno a los procesos de institucionalización y separación afectiva temprana en el contexto de un hogar de protección de lactantes

Reflecting on the institutionalization processes and early affective separation of infants in a protection home

Matías Marchant¹

Resumen

En el presente artículo se discute -a propósito de la institucionalización temprana- el concepto de vínculo. Asimismo, se propone reflexionar sobre las hipótesis que permiten explicar la existencia de los vínculos que unen a un hijo con su madre, así como su alteración a partir de los fenómenos de institucionalización y separación afectiva. Se proponen los conceptos de deseo, simbolismo e historia como nociones centrales para acceder a la comprensión de lo que se encuentra implicado en el concepto de vínculo y constitución subjetiva.

Palabras clave: Vínculo, apego, institucionalización.

Abstract

The present article discusses, by way of early institutionalization, the concept of attachment. The main purpose is to reflect on hypotheses that would permit an explanation of the existence of attachment between mother and child, as well as disturbances after the institutionalization phenomenon and affective separation has taken place. It proposes the concepts of wish, symbolism and history as central notions to comprehend what is implied by attachment.

Key words: Attachment, affection, institutionalisation.

¹ Psicólogo Hogar de Protección de Lactantes "Corporación Misión de María", Santiago, Chile. matiasmarchant@gmx.net.

para la comprensión de la patología mental del adulto. Bowlby (1998) sostenía, a partir del descubrimiento de la tríada protesta, desesperación y desapego, que estas conductas eran una respuesta universal del hombre y primates ante la separación afectiva.

Bowlby y Spitz piensan, desde veredas opuestas, los fundamentos acerca de la naturaleza del vínculo que une a un niño con su madre. En el caso de Spitz (1985), la relación madre-hijo es considerada como una *relación de dependencia* que caracteriza a la especie humana y cuya principal función consiste en que el niño pueda desarrollarse en el sentido de poder desplegar investiduras sobre los objetos libidinales, primero la madre, luego los otros. Es decir que, a partir de la relación madre-hijo, se puede comprender el paso por los distintos estadios del desarrollo de las investiduras libidinales, donde el inicio está marcado por la no diferenciación del niño con el mundo y los otros (esto es, un estadio no objetal), y su culminación corresponde a un estadio objetal donde el niño es capaz de investir a la madre como objeto único de afecto. Para Spitz, la noción de amor o de investidura libidinal es crucial para entender el desarrollo humano. En cambio, en el caso de Bowlby (1998), la naturaleza de la relación de la madre con el hijo es de orden biológico y tiene como función asegurar la supervivencia de la especie. Esto implica que el lazo que une al niño con la madre tiene como consecuencia previsible la protección de la cría, el apego le provee de un ambiente libre de peligros. Además, la capacidad de respuesta de la madre ante las distintas necesidades del bebé proporciona una base sobre la cual la cría podrá desarrollarse, en el sentido de poder debilitar el temor a la separación afectiva. Se podría plantear que la teoría de Bowlby tiene como eje central la noción de *seguridad*, mientras que la teoría de Spitz se centra en el concepto de *investidura libidinal o amor*.

No es fácil resolver rápidamente estos problemas ya que ellos son de fondo. Se podría decir que la noción de *seguridad* atraviesa a muchas teorías de la psicología así como también a otras disciplinas que se preguntan por el desarrollo humano.

A partir de la institucionalización de los niños se abre una serie

rompen en llantos y evitan acercárseles. Esta experiencia fue la que comenzó a inquietar al equipo respecto al modo en que debía ser considerado el vínculo que une a un niño con sus padres. Se realizaron diferentes interpretaciones que no se habían considerado hasta ese momento.

La reacción de llanto y evitamiento de un niño ante el reencuentro con sus padres puede señalar -más que la ausencia de vínculo- que efectivamente existe un tipo de *vínculo* del niño con sus padres. Si se toma en cuenta lo que la literatura señala, se podría considerar que las reacciones de evitamiento, rechazo y llanto se comienzan a evidenciar claramente (cuando ha sido criado en una familia) cuando el niño pasa los 9 meses de vida.

En este Hogar se ha observado, en el momento de la separación de los niños con sus padres, reacciones diversas: indiferencia, llanto, e incluso estados de desestructuración y ansiedades intensas que se expresan en regresiones del desarrollo (enuresis principalmente) y también en autoagresiones, por ejemplo, golpes en la cabeza.

En el contexto de esta discusión en torno a la noción de apego y vínculo, se podría recordar un experimento con primates relatado por Bowlby (1998). En él intenta demostrar que no existe diferencia entre seres humanos y primates en lo que respecta a la respuesta ante la separación afectiva.

El experimento que describe Bowlby es el siguiente: dos experimentadores separaron a dos monos: una madre y su bebé. Se constató que la reacción ante este evento es que *ambos* (bebé mono y madre-mona) se desesperan, *ambos* protestan enérgicamente, la madre se vuelve feroz, intenta proteger al hijo con todas sus fuerzas, el bebé aúlla intensamente. A partir de esta descripción, Bowlby da cuenta -fijándose sobre todo en el mono bebé- que la respuesta es similar a la que ocurre con un bebé humano.

Una crítica que se puede plantear aquí respecto a la lectura que hace Bowlby es la siguiente: en el caso del ser humano esta respuesta no es regular ni permanente, en cambio, en los monos sí lo es. Resulta evidente que tanto en el hombre como en el mono la separación forzada provoca

También se puede constatar que los niños que son visitados presentan conductas distintas en el establecimiento normal de los vínculos: dentro de las más llamativas, se encuentra la indiferencia o rechazo hacia los padres. Se observa, además, la ausencia de una respuesta de llanto ante la separación afectiva y, por último, la falta de ansiedad de los padres respecto a la separación de los hijos. Todas estas conductas llevan a pensar en los mecanismos y procesos que conducen a explicar de qué modo los vínculos madre-bebé pueden ser alterados.

Caso Martín

Para situar la discusión de un modo más preciso, se describirá brevemente la vida de un niño dentro de este Hogar de Protección de Lactantes.

Se trata de Martín, un niño que a los 3 meses de vida es llevado a un hospital por su madre debido a un cuadro respiratorio agudo. En ese momento se detectó que el niño presentaba una condición de salud de riesgo debido a problemas en cuanto a sus cuidados básicos (alimentación, abrigo e higiene). Al mismo tiempo, se pesquisa, en ambos padres, la presencia de consumo excesivo de alcohol. Indagando en la historia de la madre, se encuentra que ésta tiene otros nueve hijos, siendo Martín el menor. De los nueve hijos, los seis primeros fueron dejados al cuidado de las familias paternas de sus tres parejas anteriores. Los últimos tres son hijos del mismo padre. El primogénito de la pareja actual de la madre está al cuidado de estos mismos padres, la segunda se encuentra en otra institución donde se acusa a los padres de negligencia y el tercero es Martín.

Después de la hospitalización, Martín fue internado en un Centro de Diagnóstico por un mes, resolviéndose su derivación a un Hogar de Lactantes de mediana permanencia (es decir, un año) dado que se preveía que la posibilidad de solución del problema de vulneración de derechos no ocurriría a corto plazo.

Martín es visitado en las instituciones en las que se encuentra por los padres desde su internación. La frecuencia de las visitas es de, en promedio, una vez al mes, y tienen una duración aproximada de dos a tres horas. Martín, al momento de la redacción de este texto, lleva un año y dos meses

Martín le sonríe, *aferrándose* a su blusa. Ella lo pone en el suelo y lo hace caminar afirmándole ambas manos y dirigiéndolo a buscar un camión de juguete. A Martín le llama la atención el camión y quiere tocarlo para emitir los diferentes sonidos que pueden producirse con él; pero a su madre, en cambio, le gustaría que su hijo agarre la cuerda y tire el camión mientras caminan. Él quiere sentarse en el suelo para poder jugar con el camión, la madre le dice: “¿quieres una galleta mejor?” Martín toma la galleta, la chupa y la pone cerca del camión, come mientras su madre insiste en que se la coma.

Cuando las galletas se acaban, la madre lo toma en brazos y le dice: “vamos a darle un besito a diosito pa’ que se acuerde de ti y te salve”. Lo acerca al crucifijo hasta que su boca roza los pies de Cristo.

A la edad de 14 meses, comienza a producirse una reacción que llama la atención. Cuando los padres llegan al Hogar, Martín rompe en llantos, se pone rígido, su sonrisa habitual se congela y se transforma en una expresión de angustia. Busca aferrarse a las cuidadoras del Hogar, se evade, se esconde y busca evitar que los padres se le acerquen.

Previo a esta reacción, se notó que Martín presentaba una conducta singular. Cuando tenía un año y un mes, por casualidad, se observó que al pasar cerca de la sala destinada a las visitas (y sin que los padres se encontraran presentes) se tendía a *aferrar* de las auxiliares. Parecía expresar temor, como rehuyendo la posibilidad del contacto con los padres que *no* estaban en ese momento.

La madre, al ver la reacción de llanto de Martín, le decía: “otra vez te pones así de llorón”. Le estiraba los brazos a su hijo pero Martín intentaba evadir este ofrecimiento. La madre le respondía: “no quieres nada conmigo”; Martín buscaba permanecer en los brazos de las auxiliares y se calmaba rápidamente con ellas. Cuando su padre intentaba acercarse, Martín se daba vuelta y buscaba aferrarse a una auxiliar. Ante esto, la madre cambió de estrategia, la que verbalizó así: “me voy a tener que sentar cerca de usted (de la auxiliar) para que no lllore”. Luego, dijo: “es que a él le hace falta verme, si me viese más seguido no se pondría así”. Sin que Martín se tranquilizara, igualmente lo tomó en brazos y se lo llevo lejos

Hipótesis explicativas

Primera hipótesis: angustia ante los extraños

Una hipótesis que podría formularse es que Martín ha desarrollado un temor a los extraños. Ansiedad que se manifestaría ante cualquier persona que le parezca como desconocido en relación a la configuración de una cierta representación de una figura materna exclusiva. En el caso de Martín se debe añadir un factor adicional: su miedo a la sala de visitas.

La hipótesis de la angustia ante los extraños, que es la de Spitz, es muy poderosa y de cierto modo no es fácil refutarla, aún cuando este autor suponga procesos algo complejos para un bebé de seis a nueve meses. La idea central de la angustia del noveno mes es la siguiente: un bebé, después de un periodo en que mantiene una relación sostenida con su madre (o con quien cumpla los roles de protección, abrigo, amor, etc.) la inviste y la identifica como objeto *único* de amor. La presencia de un desconocido es, para Spitz, el momento en que el niño se percata que la persona que tantas gratificaciones le ha entregado y a quien ama, se puede perder. Reacciona con angustia o con un temor injustificado a perderla cuando no está a su alcance. Esta hipótesis indica pues, que se trata de una angustia y no de un temor o miedo real, debido a que el niño teme perder injustificadamente a la madre por la sola presencia de un extraño, extraño que le recuerda, entonces, la posibilidad de la ausencia de la madre. Es, según Spitz, la primera vivencia de angustia de un bebé. Evidentemente este tema es, en sí mismo, controversial. Pero, ¿será posible afirmar que Martín experimenta la angustia del “noveno mes” (en forma retrasada) y que la presencia de los padres representa la figura del desconocido?

Esta hipótesis puede verse cuestionada desde otro punto de vista: Martín presenta esta conducta *principalmente* ante los padres, pero esta respuesta no es tan intensa ni tan regular ante voluntarios y otras personas que asisten al Hogar irregularmente y que desconoce. Con otros “extraños” se ha observado que presenta temor, pero no de un modo tan acentuado como lo hace ante sus padres y en particular ante su madre. Martín también le teme a la sala de visitas, donde ve regularmente a sus padres más que a cualquier otro lugar que no conoce del Hogar en que vive. Expresa su

padres. Es fácil demostrar que aunque la sensación de náuseas y vómitos sean desagradables, no determinan la respuesta de evitación. Por lo demás, ha vomitado en otras circunstancias con las auxiliares sin que ello haya significado un rechazo de éstas. Además, para refutar esta idea, se puede agregar el hecho que en la última visita, Martín acepta más fácilmente comer o tragar el alimento que le es llevado que la proximidad o los brazos de la madre. Una vez que se tranquiliza, se encuentra más dispuesto a comer que a intercambiar una mirada con ella.

También se podría hipotetizar que el niño era maltratado o agredido por los padres durante las visitas, idea que no es admisible puesto que no se ha visto ninguna conducta que indique aquello.

Cuarta hipótesis: necesidades de “dependencia oral” y de seguridad

Respecto a la posibilidad de hipotetizar que los niños desarrollan una dependencia oral con la madre, se puede notar que en el caso de Martín, la comida y el afecto están disociados. Es interesante hacer presente, entonces, que el vínculo entre la madre y un hijo no se da a nivel de la necesidad (por ejemplo, la alimenticia). Esta hipótesis, la de la dependencia oral, es la que Bowlby llamó “la teoría del impulso secundario”, y pensaba que era la hipótesis del psicoanálisis. Es cierto que la mayoría de los padres de esta institución parecen conducirse con el apoyo (ciertamente de un modo intuitivo) de esta teoría e intentan mantener una proximidad con sus hijos a través de la comida. Para los niños, en cambio, el alimento no es equivalente al afecto. Es tan evidente esto que ningún niño establece con la institución una relación de dependencia. Es asombroso observar que los niños, cuando son adoptados a edades tardías (tres, cuatro o cinco años), no quieren volver nunca más al hogar, aún cuando se hallen bien alimentados. No extrañan a la institución y se muestran ansiosos ante la posibilidad de volver.

Si no es la dependencia oral, entonces se podría plantear que los niños crean vínculos a partir del sentimiento de seguridad y protección. Pero es asimismo evidente que la seguridad y la protección que les da el Hogar no propicia una relación de dependencia de los niños, hecho que se comprueba por la facilidad que tienen para desvincularse de ella

se ama a quien representa una figura determinada. Martín no ama a la institución representante del seno materno, ni ama, como es capaz de amar a sus padres, a alguien que cumple el papel de la madre. Esto se demuestra fácilmente a partir de la relación que los niños han establecido con alguna niñera o asesora del hogar. La pueden querer y tener un particular afecto, pero a quien dirigirán sus querellas si se han sentido abandonado es a su madre y no a quien le han contratado para brindarle cuidado y protección. El niño, como el adulto, entenderá finalmente que a quien deberá dirigirse es a quien *encarne* la figura y no a quien la *represente*. Esta distinción es esencial, porque cuando ella no es realizada, se prescinde del cuerpo de la madre en la maternidad. Dicho de otro modo, el amor no podrá prescindir de la caricia, aún cuando la caricia no sacie el hambre de amor. Es probablemente la caricia, tal como es tratada por el filósofo Emmanuel Lévinas (1971), la que permitirá abrir una puerta hacia la posibilidad de comprender las relaciones intersubjetivas, o más precisamente, la relación con el otro. Es posible que aún no haya recursos conceptuales en psicología y en psicoanálisis que permitan designar ni comprender las relaciones con el otro y particularmente la relación con la alteridad fundamental que se da en la relación de padres e hijos. El trabajo sobre la caricia de Lévinas puede ayudar a articular lo concreto de la relación amorosa y, al mismo tiempo, lo trascendente de la relación madre-hijo.

Nuevas hipótesis: el símbolo y la caricia como elementos esenciales para la comprensión del vínculo que une a una madre con su bebé

La dimensión de la parentalidad, la relación de una madre con un hijo, es una relación que se da en un nivel esencialmente simbólico. Esto quiere decir que cualquier persona podrá comportarse *como* una madre para un niño desde el momento en que se *nombre* como tal y sea *sancionada en el deseo* por este significante. Es tan simbólico, que un padre podrá sentirse padre toda su vida aún cuando su hijo muera. Lo simbólico se aprecia en lo injustificado que parece a los ojos de cualquier observador el reclamo de los progenitores de Martín sobre sus derechos de paternidad. En el caso de este niño, la justicia se ha puesto en funcionamiento para determinar este lazo de filiación y su posibilidad de ruptura a través de una sentencia acerca de la susceptibilidad de adopción.

dice para actuar en concordancia con ello, sino más bien una nueva oportunidad que los padres, probablemente, dejarán pasar.

Quizás los obstáculos que se oponen entre los padres y su hijo se relacionan con el drama de la historia individual de cada uno de ellos, donde se asoman sus propias vivencias de abandono. Martín está repitiendo la historia individual de los padres, lo que ellos, lamentablemente, ven como algo ajeno. De cierto modo, también se podría decir que Martín está *ya* constituido, porque es una subjetividad que desea y que se manifiesta ante el concepto de parentalidad. Será pues la decisión del juez la que sancionará la respuesta posible ante esta concepción de paternidad que Martín demanda.

La noción de deseo conlleva dos conceptos: repetición y responsabilidad. El eterno retorno parece ser la condena a la que ciegameamente los padres conducen a Martín a través del desamparo que alguna vez vivieron ellos mismos. El deseo implica también la noción de responsabilidad. Desear significa no ceder ante él. El deseo por un hijo implica que él es otro, totalmente otro, fuera de la posesión y de las pertenencias³.

En el caso de los padres de Martín, se insinúa el deseo como repetición, pero no el deseo como responsabilidad, cuestión que los pone en entredicho y ante la urgencia de un problema a resolver.

Historia y constitución subjetiva: la bitácora

En este Hogar de Lactantes cada niño trae consigo una historia dramática de abandono y violencia. Los niños pueden pasar periodos de

³ Según el filósofo Emmanuel Lévinas (1971), en la fecundidad, en el hecho de tener un hijo, se muestra que lo que se devela es a un otro. En la fecundidad no se descubre un secreto. En la fecundidad hay una relación trascendente a un otro. "El yo [moi] es, en el hijo, un otro." El deseo metafísico de infinito se ve realizado en el engendrar un hijo, en el hecho de desear un hijo en la relación amorosa. La trascendencia tiene lugar como hijo. En la fecundidad, el yo trasciende el mundo de la luz, del conocimiento, de la posesión. La salida de lo mismo, la salida del Uno, es hijo en la fecundidad. La trascendencia es, entonces, una experiencia concreta con la cual se toca el hombre y puede, con ella, dirigirse a un otro, exterioridad radical, relación con el ser infinito. El Deseo metafísico, proyecto de "Totalidad e Infinito" de Emmanuel Lévinas, se realiza a través del hijo, no porque se satisfaga en la fecundidad, sino porque lo que engendra como ser separado, es Deseo.

No su historia, sino las palabras *cariñosas*, las palabras vertidas con afecto de quien quiera, pero sobre todo de las auxiliares que viven con ellos. Una memoria de puros acontecimientos, sin la pretensión de hacer una historia oficial ni menos un historial médico. Esta bitácora de vida tendrá momentos significativos: sus primeros pasos, su forma de ser, alguna enfermedad importante. Una memoria desordenada. Sus primeros dientes, los primeros amigos y sus primeros conflictos.

Su nombre y su apellido se hayan inscritos en esos cuadernos. Se suma a ello algo más: sus fotos. Cada mes otro miembro del equipo los retrata, los inmoviliza, perdura el tiempo imparable. Los niños posan, particularmente peinados y bañados. Se recuerda los momentos tomados al azar. Si es posible, el cumpleaños y una graduación. Se historiza, se escribe. Cuando un niño está por irse, comienza el furor por la escritura. El cuaderno circula de mano en mano y se llena de esas lagunas dejadas por descuido o por cualquier otro motivo. Las fotos se reúnen, el niño parte con su cuaderno, especie de álbum fotográfico con una memoria visual y escrita.

El resultado de la instalación de este libro generó algunas sorpresas. Por ejemplo, que escribir en los cuadernos de los niños era un deseo que se encontraba en la mayoría de los que trabajan con ellos. De eso no cabía duda, y para todos fue la canalización de un deseo que estaba presente.

Pero quedaba algo más: la recepción de los padres de la historia y de los nombres de estos niños.

Básicamente existen dos formas que tienen los niños de salir de este Hogar: por un lado, están aquellos que se van con sus familias adoptivas. Por otro, están los que se van con su familia de origen.

En el primer caso, cuando los niños se van con su familia adoptiva, la historia ya estaba escrita, es decir, los padres que llegaban al Hogar a conocer por primera vez a su hijo, hacían presente que ellos *ya* les tenían un nombre, una religión, parientes, etc. Es decir que los padres llegaban a conocer a un hijo, ese hijo que soñaron desde hace mucho tiempo y que ahora encuentran (o reencuentran) y lo recubren con toda la historia que a ellos mismos les precedía. Después de este primer contacto entre los

Se trataba de una madre de 18 años que había tenido un hijo fruto de la violación de un tío paterno. La familia de esta mujer no estaba dispuesta a ayudarla. En la actualidad ha encontrado sus propios recursos para hacerse cargo de sí misma y de su hijo. En el momento del egreso se le mostró el cuaderno y las fotos de su hijo. Con emoción lo recibió y aprovechó el momento para agradecer los cuidados que le habían dado a su hijo en el Hogar y la oportunidad que tenía ahora para irse con él. A través del cuaderno recorrió, en forma abreviada, todas las dificultades que tuvo para hacerse cargo de su hijo y volvió a recuperar la esperanza que podría hacerse madre de él de ahora en adelante. Era evidente su emoción, era conmovedor su gesto de gratitud.

La bitácora, pues, puede pensarse como una herramienta en construcción, un útil no acabado que pone en tensión algunas preguntas que parecen ser de primer orden en torno al problema de la subjetividad y su constitución.

El rol de la historia en el establecimiento del vínculo madre-hijo

El vínculo se considera, desde esta perspectiva, mediatizado por el tiempo. Por un tiempo que articula una serie de acontecimientos, que se constituye en una historia porque ordena y organiza la experiencia, y finalmente le da sentido. Esta historia puede construirse y puede ser registrada a través de diversos medios. En el establecimiento más común y habitual de los vínculos, la historia es contenida y retenida por los padres y por la familia del niño. Historia que articula tanto los diferentes sucesos de un niño desde que nace, como la propia historia de los padres. También articula lo que estos últimos han creído aprender de su propia historia. Frases que reflejan esto concisamente son, por ejemplo, las que dicen tan frecuentemente los padres cuando se ponen a pensar en sus hijos: “no quiero que pase por lo mismo que yo pasé”, “quiero que tenga lo que no tuve”, etc.

El vínculo entre una madre y un hijo requiere -para que se establezca- que ellos *entrecrucen* de distintos modos, a lo largo de la vida, una historia.

se relaciona con la pertenencia y con la posibilidad, a través del lenguaje, de curar las heridas del pasado.

Pero para que el hijo pueda adoptar a la familia (de origen o adoptiva), requiere que en esta historia esté incorporada la familia extendida que le dé un lugar y una pertenencia a través de la cual pueda reconocerse.

En síntesis, la historia transmitida a través de palabras⁷ es la que posibilita no sólo el establecimiento del vínculo del niño con la madre, sino que le permite a esta última vincularse con su hijo. Los accidentes, las heridas, los quiebres dejados en el pasado, se actualizan con ocasión del nacimiento de cada nuevo hijo.

Desde el punto de vista ético, se comprende cada vez con mayor fuerza, que todo ser humano tiene derecho de conocer su historia, por dolorosa y difícil que sea, sobre todo la de sus orígenes. La pregunta por el origen es uno de los aspectos más complejos en la elaboración psíquica de alguien que fue adoptado o dejado al cuidado de una institución.

Conclusión: deseo e historia

A lo largo de este texto se ha querido proponer y justificar la importancia, la relevancia y las consecuencias prácticas que implica incluir las nociones de simbolismo, de deseo e historia, como aspectos fundamentales y condicionantes del vínculo que une a un niño con el otro, y en particular con la madre. Asimismo, se ha querido poner de relieve que la teoría del apego, al hacer énfasis en el eje proximidad-seguridad, deja fuera del centro del análisis la dimensión lenguaje-historia, ejes que son considerados fundamentales para la puesta en marcha de una terapéutica y de prácticas institucionales que validen la idea del niño como sujeto de pleno derecho.

Las preguntas que articula un ser humano tarde o temprano se relacionan con el origen, con el deseo, con la historia y con las palabras que lo han rodeado desde el nacimiento. Y de este examen es que cada

⁷ No es el momento aquí para decir de qué manera, pero no se puede dejar de reconocer que reviste especial importancia el modo en que es transmitida.